

## **LIBROS DE VIAJES**

### **POR EUROPA MIS VIAJES POR EUROPA**

Editado por la Casa Editorial Maucci (Madrid), *Por Europa* es el primer libro de viajes de Carmen de Burgos, correspondiente a los realizados entre 1905 y 1906 por varios países europeos del Mediterráneo. Además de las observaciones y descripciones de la escritora en el relato de sus experiencias, se intercalan en el volumen ilustraciones de obras artísticas, personajes y lugares citados en el mismo.

La narración de este periplo está estructurada en tres partes; la primera aborda el trayecto Madrid-Francia (sus estancias en París, Niza, Mónaco y Montecarlo, y sus visitas a los museos, teatros, etc.); la segunda parte se detiene en Italia, en las ciudades de Génova, Nápoles y Pompeya, destacando de ellas su valor histórico; y la tercera, es una continuación de su itinerario italiano, interesada ahora en los aspectos culturales más relevantes de Roma, Florencia y Venecia, hasta su vuelta a España. En todas ellas introduce también reflexiones sobre la sociedad, el folclore, las instituciones,... Y, en ocasiones, al hilo de aquéllas, acerca de sus vivencias personales.

El término *impresiones*, que subtitula este libro, puede darnos el sentido de su testimonio si nos remitimos al primer párrafo de su Carta IV, "Por las calles de París", donde dice:

"Una descripción de París, es de las cosas más difíciles que pueden pedírsele al ingenio humano. Todos los que la intentaron han sido poco afortunados, excepto el inmortal Zola; así que juzgo imposible para mí tal empresa y me limitaré a darle a usted mi impresión sin pretender que en realidad sea como yo lo he visto. Cuando el alma sirve de lente, se reflejan muchos de nuestros pensamientos, de nuestras ideas y de nuestros prejuicios sobre el fondo de los cuadros que contemplamos" (31-32).

El segundo libro escogido, *Mis viajes por Europa*, edición de Sanz Calleja en 1917, describe los paisajes (los lagos, fiordos,...), las costumbres y manifestaciones artísticas de los estados del norte de Europa que recorre "Colombine". A su paso por Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega está atenta, sobre todo, a la evolución de las estructuras sociopolíticas, y sus observaciones al respecto reavivan su memoria, como en el caso anterior.

## Por Europa

(Impresiones)

Francia. Italia

CARTA VII<sup>10</sup>

Pío X

¡El Vaticano y el Papa! He aquí lo que constituye Roma para mucha gente. Hay quien al hablar de la capital del Reino de Italia piensa que la sombra del pontificado crece y se extiende, a semejanza de la estatua del sueño de Nabucodonosor y cubre las siete colinas de la señora del mundo.

Es preciso venir aquí para ver la parte insignificante que el Vaticano ocupa en la vida de Roma; ha quedado reducido a una antigüedad cristiana que se visita como se visitan el Foro y el Coliseo, por más que la ruina viva, mantenga aún a su lado una corte de parásitos, y las naciones envíen a su lado representaciones oficiales que para nada les sirven.

La muerte del poder temporal fue la ruina del Papado, y hay en Roma un movimiento artístico, una sociedad, una política que interesa más a esta nación de espíritu libre y progresivo que contemplar ruinas y discutir viejas ideas.

Omnipotente fue el poder de los fantasmas blancos, del que aún nos quedan reminiscencias. ¿Recuerda usted<sup>11</sup> la leyenda de aquel príncipe, Roberto el Diablo, que desnudo y hambriento, con aros de hierro al cuello venía a implorar el perdón de sus culpas?

¿Quién no ha cantado de niño el romance?

"Hacia Roma caminan  
dos peregrinos  
que los dispense el Papa  
porque son primos".

---

10. Páginas 379-386 del texto de la primera edición.

11. Dedicado a D. José Ferrándiz, quien es el destinatario de las cartas y de la dedicatoria del libro.

¿Y quién no sabe el refrán de nuestro pueblo "En sabiendo leer y escribir, hasta Roma se puede ir"? Como si esta ciudad fuera el *Non plus ultra* de la tierra.

Pero los tiempos en que los pontífices veían venir a sus plantas, enamorados, reyes y pecadores, han cesado ya. La voz de Savonarola despertó muchas conciencias; Lutero emancipó muchos espíritus; hoy sólo queda un fantasma del papado; con él se derrumba el poder temporal de la Iglesia, muerta en Inglaterra, Alemania, Francia y casi todo el mundo.

Yo debía verlo todo con la insaciable curiosidad del publicista, y después de visitar escuelas y estudiar la vida moderna, he ido a soñar entre las ruinas y a curiosear al Vaticano.

No me ha sido fácil ver al Pontífice; lo es más llegar hasta los reyes; el traer una pluma en la mano no es buena recomendación para gentes a quienes no conviene la publicidad de muchas cosas que están entre las sombras.

Para desgracia mía he sido citada a la audiencia de Su Santidad el día 11, día de huelga general en Italia, lo que me ha obligado a recorrer a pie toda Roma.

Seguí la ribera del Tíber contemplando su lenta corriente de fango amasado entre el silencio triste de la población, en la que no circulaban hoy coches ni tranvías, bajo un cielo plomizo, una atmósfera pesante, que parece envolvernos como una gasa gris.

La imaginación se disponía a los ensueños y al entrar en los bosques de columnas que abrazan la inmensa Plaza de San Pedro, el espíritu estremecido pensaba en las antiguas cortes de los Pontífices Reyes que pudieron desplegar sin hipocresía su soberbia, como Julio II y Alejandro Borgia, en vez de los ridículos suizos y guardias pontificios con sus trajes arlequinescos; creía ver las capas oscuras de los esbirros del Duque de Gandía, o escuchar el paso leve y el *fru-fru* de las sedas de los mantos en que iban envueltas la divina Julia Farnesio o la impúdica Lucrecia, cuando se deslizaban fuera de la Cámara pontifical, donde gozaban sus amores con el doble atractivo del sacrilegio y el incesto.

Subí a la Mayordomía. Ya he estado aquí varias veces. Los Cardenales al servicio de S.S. están bien alojados. Tienen una verdadera corte: criados, secretarios, servidores... El dinero de San Pedro permite estos lujos; por todas partes hay guardias, centinelas y criados. Pasadas varias cámaras grandes, espaciosas, cubiertas de dorados tapices y pinturas, con este

lujo que no pudieron sospechar siquiera los mártires de las Catacumbas, llegamos a la sala en que había de recibirnos el Papa.

Con alfombra verde, tapicerías rojas, el techo cubierto de dorados; el testero principal lo ocupa el trono del Pontífice, sobre una gradería de terciopelo, y cubierto por espléndido dosel... frente a frente, sin escabel ni doseles, un pobre crucifijo extiende los brazos en la pared y con la cabeza tristemente inclinada, el aspecto de un hombre vencido, parece decir con desaliento: "Esta es mi obra".

Se han agotado todos los colores vivos en los vestidos de los servidores del Papa: verde, amarillo, azul, encarnado... De este último matiz va vestido a lo Luis XV un criado que recorre la fila de los que esperan y despide groseramente a todos los hombres y señoras que no van en traje de etiqueta. El padre común de los fieles no ve más que a los hijos bien vestidos; a los que llegan gozosos a sus pies, los desnudos, los tristes, los hambrientos... esos no tienen entrada cerca de él.

Pronto, no queda más que un cordón de gente sombría en torno de la sala, hábitos de cura, trajes negros de hombres, vestidos de seda negros, con mantilla y sin guantes las señoras. Veo que muchas damas se fijan en mi mantilla; hay dos formas de poner estos velos: una las pliega en ondulaciones místicas en torno del rostro; otra las levanta en provocativas ondas de encaje. Yo he recordado que soy española, y sólo me faltan los claveles rojos para ir a la Plaza de Toros.

Su Santidad hace esperar media hora. Al cabo de este tiempo el criado rojo da orden de esperar de pie, y a los pocos minutos entran los guardias nobles, los Cardenales y el Pontífice.

Todos los que esperan caen de rodillas. ¡La glorificación de un hombre! Aprovecho los momentos para contemplar la figura del Pontífice, vestido de lana blanca, con faja y cuello de *moaré*; no tiene la dulce idealidad de esos monjes que Zurbarán rodeó de blancos linos; es de estatura regular, rechoncho y un poco encorvado. La cabeza, rodeada de cabellos de plata, presta un reflejo suave a la cara de facciones menudas, desdibujadas, débiles, que indican más inconsciente bondad que inteligencia. Los que le rodean y mantienen esta institución lo tienen como secuestrado para que no hable y comprometa los intereses de la Iglesia, contestando que sí a todo lo que le dicen.

Este pobre señor nació para cura de pueblo; se conoce que se ahoga en esta atmósfera del Vaticano. Cuando fue elegido lloró amargamente;

tan lejos estaba de su ánimo ser Pontífice, que poseía su billete de vuelta.

Las primeras veces que se presentó en público, rehusó la silla gestatoria; el pobre señor se mareaba y no quería dar a los fieles el espectáculo de ver vomitar a su vicario. Fue preciso irlo acostumbrando a dar pequeños paseos por las habitaciones.

Y aquí está, manejado como un maniquí, sufriendo la nostalgia de su hermosa Venecia, separado de su familia, y sus hermanas, que viven modestamente con su sencillez primitiva, en una pequeña casita de la *Ciudad Leonina*, como se llaman todos estos barrios donde se agita el mundo de las hormigas negras y rojas.

Se ve en su aspecto que está aburrido y resignado; no creo que vivirá mucho para regocijo de ambiciosos; se nota en sus facciones la huella de la enfermedad al corazón que padece.

Pío X habló en italiano primero y en latín después, concediendo con hermosa prodigalidad bendiciones, indulgencias, gracias a los prelados y sacerdotes, paz a los fieles, etc., etc., etc. Repartió una gran parte del tesoro *espiritual* de la Iglesia, del que por lo visto es más espléndido que del material. Su voz es bronca, con algo del acento del canto llano; y no pareció despertar gran entusiasmo entre los oyentes. Bien es verdad que una gran parte eran protestantes turistas, con cuya curiosidad se alimenta la concurrencia del Vaticano.

Después, el Papa empezó a recorrer las filas, parándose a conversar algunos momentos y repitiendo con frecuencia: "Sí, sí, va bene, va bene". Al llegar a mi hija pareció experimentar un momento de ternura, y puso la mano sobre su cabeza. Yo sentí piedad. ¡Pobre hombre! Para él no hay goces legítimos de paternidad; es un preso en jaula de oro, un fantasma blanco que sirve de bandera de iniquidad...

Me fijé en su mano; había oído decir que más de una aristócrata devota resbala los labios del anillo de San Pedro para rozar su piel satinada.

¡En verdad que debe ser suave! Es una mano regordeta, sanguínea, algo sensual; no es la mano adorante de líneas puras que indica espiritualidad y sufrimiento; no es la mano que esculpió el divino Miguel Ángel en el Cardenal Carraffo; es una mano mantecosa de angelito cebado o de francesa rubia.

El Papa me demandó mi país y profesión.

-Periodista española- contesté.

-¿Qué escribe? -preguntó con curiosidad.

La mentira me repugna aun dentro de aquellos muros poco habituales a que resuene en su recinto la verdad.

-En el *Heraldo de Madrid* y en toda la prensa liberal de España -dije.

Su Santidad pareció mirarme con la misma lástima que yo había experimentado minutos antes. Sin duda somos dos espíritus que nunca se comprenderían.

-Mi bendición sea contigo, con toda tu familia, y con los amigos que te sean queridos -dijo alejándose.

¡Oh! Esta última parte lleva la bendición del Papa a los más avanzados españoles. Entre los amigos que yo quiero, quedan benditos además de muchos compañeros del *Heraldo*, Domingo Blanco, García Aguado, usted, Baldomero Argente y Blasco Ibáñez.

He pensado que alguno tal vez rechace su parte en esta bendición, pero no hay motivo para ello. No debemos nosotros ser intransigentes.

El gran Carducci en su poesía al amor, sintiendo encenderse su espíritu en el afecto santo a la humanidad, derriba los muros del Vaticano, liberta al prisionero hermano nuestro y dice a Pío IX la siguiente hermosa estrofa:

"Aprite il Vaticano; io piglio á braccio

Quel di sé stesso antico prigionier:

Vieni, alla libertá brindisi io faccio;

Cittadino Mastai, bevi un bicchier!"

¡Oh qué hermoso el día en que dentro de esas salas resuenen nuestros brindis por la fraternidad humana!

Roma, 20 de Mayo.





## Mis viajes por Europa (Suiza, Dinamarca, Suecia, Noruega)

### CAPÍTULO XIII<sup>12</sup>

#### Los castillos reales

Una nota típica de Copenhague son las bicicletas. Les tengo más miedo que a los automóviles y los tranvías. Apenas se ven transeúntes a pie; hombres, mujeres, niños; todo el mundo va en bicicleta, lo mismo la criada que sale a la compra que la señora que va de visita, o el hombre que acude a sus negocios, al teatro o al café. El Gobierno considera las bicicletas como un artículo de primera necesidad, dadas las condiciones de actividad que la vida moderna reclama, y no están sujetas a ningún impuesto.

Es un espectáculo pintoresco el constante ir y venir de bicicletas que se entrecruzan en las calles. En las puertas de los cafés y de los comercios hay siempre una multitud de bicicletas que nadie se cuida de guardar. De noche, arrimadas a la pared de teatros y cines, las bicicletas forman una verdadera muralla de metal. Cada una lleva el nombre de su dueño y no se da el caso de una pérdida o de un robo.

Los extranjeros, de países como el nuestro sobre todo, somos los que notamos más esta comodidad que ofrece aquí la vida. Se encuentran telé-

---

12. Páginas 97-104 de la primera edición.

fonos en todas partes, en todas las casas, en todas las habitaciones de hotel. En las calles hay teléfonos públicos, pueden llamarse por teléfono los coches de una parada a otra. Todos los servicios públicos son admirables; para poner un telegrama no hay que ir al telégrafo, basta con echarlo, franqueado, a un buzón de correos y le dan curso inmediatamente.

Se nota un bienestar colectivo, se ve cómo la nación prospera y se engrandece. Son gentes que saben lo que se hacen. Las sociedades cooperativas han desarrollado la industria de la lechería; y el comercio progresa gracias al crédito que su honradez alcanza en mercados extranjeros. Hay una Junta que examina toda mercancía exportada e impide la venta de las que no se hallan en buen estado; mantecas, carnes, huevos, todo se examina minuciosamente. El Gobierno se preocupa de proteger los intereses de los pequeños industriales, ahogados por el desarrollo de las grandes empresas. Los subvenciona, les proporciona herramientas y les hace los préstamos necesarios. En ningún país del mundo se gasta más que en Dinamarca en la enseñanza del obrero; escuelas, institutos, pensiones para viajar; los patronos están obligados a procurar que los obreros aprendan bien su oficio y les hacen asistir diariamente a las escuelas profesionales. Un tribunal arbitral y un *Mediador* son los llamados a solucionar los conflictos entre los patronos y los obreros.

Se camina, a pasos de gigante, hacia las disposiciones más libres y más radicales, aquellas cuyo solo enunciado nos asusta a nosotros: se tiene sobre el tapete las cuestiones del reparto proporcional de la tierra, desamortización de las grandes propiedades y creación de pensiones de retiro para los obreros después de un número de años de trabajo. Así se logra que disminuya la corriente emigratoria que se llevaba a los trabajadores a América.

La mujer tiene ancho campo, abierto en todos los empleos y carreras, es electora y elegible y goza de un gran respeto y una gran libertad.

Desde hace tiempo está establecido el divorcio, pero casi nadie recurre a él. No se hace necesario dentro de la vida de libertad y tolerancia, incomprensible para nuestro sentimiento español, que tienen ambos sexos en cuestiones pasionales.

La investigación de la paternidad no da buenos resultados. Las mujeres de vida poco metódica abusan de esta ventaja y se valen de su estado para obtener dinero de los amigos que no quieren verse citados como padres del hijo futuro. El designado, porque es obligatorio designar el

padre, tiene que elegir entre casarse o sufrir una prisión de la que se libra mediante la renta vitalicia que ha de pasar al presunto hijo. Lo admirable de la honradez de esta gente es que la única prueba que se exige al acusado de no haber tenido amistad con la denunciante es el juramento y ninguno jura en falso. A pesar de todos sus defectos esta institución tiene la ventaja de asegurar la suerte de los hijos, lo único respetable en todo caso, y evita la vergüenza de que las leyes hagan clasificaciones de ellos y marquen a inocentes con la denominación de *manceres*.

En cuanto a la organización de la vida, es sencilla, democrática. El actual Presidente del Consejo de Ministros se ha casado con una señorita mecanógrafa del Senado, la cual sigue ejerciendo sus funciones y es común verlos salir de la Cámara para volver a su casa a pie o en tranvía. Aquí la nación no paga el coche a sus ministros. El de la Guerra ofrece la paradoja de ser antimilitarista y el de Negocios Interiores, un amable campesino. Otro ministro se ha casado recientemente con una de esas famosas bailarinas de la Opera.

Los bailarines gozan aquí de algo como el prestigio sagrado de las bayaderas. Los daneses son muy aficionados al baile, pero no al baile popular del que son actores, sino al baile de espectáculo. La escuela de baile está unida al teatro Real y en ella se forma un cuerpo de bailarinas, que tienen fama de ser las mujeres más bellas de Dinamarca. Es una escuela de baile ecléctica en la que se admiten todos los principios; una mezcla de ese vértigo salvaje y frenético de la danza rusa y la calma religiosa y solemne de las sagradas danzas orientales, simbólicas y conceptuosas. Ya despliegan la libertad de creación que el imitar a la Naturaleza y expresar las propias pasiones ha permitido a las discípulas de Loï Fuller; ya tiene el ritmo clásico resucitado por la Duncan. Todos los estados del alma, todos los gustos, todas las pasiones pueden interpretarse en esos bailes vivos, descriptivos, que revelan todo un carácter y todo un espíritu.

El pueblo ama a sus bailarinas; se ven estatuas representándolas en todas partes; un grupo muy interesante existe en el jardín del Castillo de Rosemborg. Casi todos los palacios y castillos son hoy museos. El espíritu democrático se extiende hasta los soberanos. Su palacio se compone de cuatro edificios, por lo que vulgarmente se dice que ocupan un palacio distinto en cada una de las estaciones del año; pero lo cierto es que no son más que una especie de pabellones, necesarios dada la pequeñez de su morada. Lo curioso es observar cómo los dos palacios de un lado

los ocupan siempre los Federicos y los del otro los Christianes, nombres con que alternan en el trono los soberanos de Dinamarca.

La explicación es sencilla, como un solo palacio no basta a contener la familia real, el soberano vive en uno y el príncipe heredero ocupa el otro. Cuando el príncipe ciñe la corona sigue habitando aquellas estancias que se han hecho familiares y queridas.

Esto hace que se retrase la restauración del hermoso castillo de Charlottenborg, donde el rey actual se propone instalar su corte y las dos cámaras, ya que por su extensión podría ser el más suntuoso palacio real de toda Europa.

Debe el hombre sentirse demasiado solo cuando habita una morada tan amplia. Un palacio como éste o como el Vaticano deben dar sensación de frío, de abandono, debemos sentirnos muy pequeños. Lo que no abarcamos, que no llenamos, que no dominamos, es como si no fuera nuestro. En una casa grande se nos escapa nuestra propia casa; así comprendo esa predilección de los reyes daneses por sus palacios pequeños como casitas burguesas, en las que todo es conocido y familiar.

Hasta el mismo real sitio de Frederisborg, ofrece un edificio de aspecto sencillo, modesto, perdido en el soberbio parque entre aquellas avenidas de árboles ancestrales a las orillas del lago Eram, en uno de los paisajes más deliciosos de la tierra.

Aquí se reunía todos los años la familia de Christian IX, ese monarca, tronco de reyes, que veía a todos sus hijos sobre tronos. Aquí venían todos los soberanos, el difunto Zar de Rusia y el desdichado rey de Grecia. Aquí siguen viniendo las emperatrices viudas de Rusia y de Inglaterra a pasear sus tristezas y la melancolía de sus recuerdos en este parque romántico; porque esta familia de soberanos parece estar marcada con un destino trágico y doloroso que ciertamente no merece por sus gustos sencillos y caseros; pero sin embargo los reyes demócratas son poco amados del pueblo. Sin duda por un espíritu de justicia no reconocemos el principio de autoridad en los que son iguales a nosotros. Recuerdo siempre mi impresión, cuando siendo muy niña aún, visitó Almería Don Alfonso XII. Era el primer rey que yo iba a ver, no sabía lo que era un rey, pero concebía algo muy grande y muy extraordinario. La ciudad se engalanaba para recibirlo, se enarenaban las calles y se levantaban arcos de follaje. Me daba cierta pena porque el rey no iba a ver la glorieta de San Pedro tal y como estaba cuando las niñas jugábamos en

ella por las tardes. El día de la llegada del rey parecía día de procesión de la Virgen del Mar, nuestra patrona. Así corría la gente a verlo y así disparaban cohetes. Mi padre me levantó en sus brazos.

-Mira, en aquel coche.

-¿En cuál?

-En ese.

-¿Pero cuál es el rey?

-Ese joven de uniforme que sonríe y saluda.

-Es un hombre como los demás -exclamé con desilusión... Y entonces yo era el pueblo... Quería un rey extraordinario llevado en andas, con corona de oro o con plumas de colores y collares de dientes... y lo peor es que aún ahora no puedo concebirlos de otro modo.

